

*Un domingo en Cartagena.* Cuento que forma parte del volumen “Gente Sencilla”, publicado por Ediciones Mazorca, 1960.

### *Un domingo en Cartagena*

La familia Pacheco estaba de sobremesa. El tío –un gordo apacible, tostado por el sol, e importante por nutridas andanzas a lo largo de cincuenta años-. Hundió la barriga, y soltó un ojotillo del cinturón.

-Demasiado calor – comentó, secándose su rostro de obispo con un pañuelo.

Resoplaba. Desabrochó el botón del cuello de la camisa.- Debemos organizar un paseo.

-Vamos a Cartagena el próximo domingo- propuso doña Eufemia.

-¡Qué lindo sería, mamá!-exclamó la muchacha, inflando de alegría sus cachetes.

-Tengo que buscarme un traje de baño.

Entusiasmado, el niño se metía los dedos a las narices, mientras la tía chicoca miraba a la muchacha con el desprecio de los que no creen que los domingos sirvan para algo.

-Hay que cocinar un arverjado- dijo doña Eufemia.

-Llevaré un chuico de Santa Carolina...-opinó el tío.

-Uno resulta poco. Lleva dos por lo menos.-El compadre, sentado en una silla de lona a la sombra del parrón, le alentaba.-Yo pongo el otro.

-Nos emborracharemos- sentenció la chicoca como un hecho inevitable.

“Y alpargatas- musitó Amanda, retirando los platos del almuerzo ya concluido.

El niño abandonó el trajín por sus narices y se dirigió al pasaje.

-¡Miguel!- llamó-. Iremos al mar en motoneta. Pescaré una ballena.

-Mejor una ola furiosa- respondió Miguel.- Y helados. Imposible olvidarlos. En tongo, por supuesto. ¡Ven! Bañémonos.

Se acercaron al pilón.

La chicoca, asomándose al pasaje, preguntó: -¿En dónde están?

-¿En Cartagena?- gritaron los niños. Chorreaban agua desde la cabeza al tobillo.

-Sigan mojándose- aconsejó ella-. Lo que es yo, debo mantenerme empinada para no perecer-. Y la vieja chicoca desapareció por la misma puerta que se asomara en la punta de sus diminutos pies.

\*\*\*

Cacareaba la gallina corriendo despavorida por el patio. Doña Eufemia ya le daba alcance, ya se le resbalaba. La gallina continuó volando, encaramándose, cacareando. A pasos lentos entró al patio la chicoca con parches de papa en las sienes, y mucho más narigona que de costumbre.

-Me aburre, Eufemia, su incapacidad para pillar un ave. ¿Necesita ayuda? ¡Tomás!- llamó. Luego chifló. -¡Tomás!

Llegó un quiltro coquetón. Meneaba su plumero con desparpajo.

-¡Tomás, píllala! – animó al perro.

En un santiamén, la gallina, cogida y sangrante. Doña Eufemia empezó a desplumarla.

\*\*\*

Esa semana la familia Pacheco la gastó en ajetreos.

La madre y el tío regresaron del mercado en taxi, con verduras, melones, conservas, damajuanas de vino. Hasta una piña picada y un kilo de frutillas olorosas.

-Yo quiero piña- dijo el niño, quien nunca la probara, y la pellizcó.

-¡Chiquillo del diantre, saca la intrusa de ahí!- ordenó doña Eufemia, enérgica, defendiendo su piña picada.- Para mí la traje.

-Dame un poquito- porfió el ignorante.

-Es comida de grandes. No has crecido lo necesario.

Cesó de insistir el pedigüeño. Pero por la noche, cuando la familia se sumió en el gigantesco sueño de un paseo en perspectiva, se engulló tal atracón de piña picada, espinas y cáscaras, que despertó enronchado, y con un susto atroz.

Apenas se levantó...

-Me comí la piña- le confesó a Miguel

-¡Qué chanchó! Sin convidarme – exclamó Miguel, indignado.

“Fue una deslealtad tragármela solo”

-¿Y que te pasa en la cara?

- Vergüenza.

-¡Qué mentira! Escarlatina- fantaseó Miguel – Acuéstate. Tienes fiebre.

-¿Y la piña? ¿Qué digo de la piña?

-Si apestas escarlatina. ¡Señora Eufemia! –Gritó de inmediato Miguel.- ¡El Carlos se va a morir!

El niño, se apresuró a refugiarse en su cama. Oía los clamores de Miguel.

-¡El pobre Carlos ya boquea! Es un mamarracho que delira. Se cree gallo clueco. Parece payaso. Se rasca como el Tomás, y tiritita. ¡Está con escarlatina!

-¡Lo único que faltaba que Carlos se enfermara!– prorrumpió iracunda, doña Eufemia, expulsando los cobertores hacia atrás. Saltó de la cama; a los pies de la de Carlos se detuvo.

El niño, rojo y lívido en conjunto, ofrecía un aspecto alarmante.

-¿Qué te ocurre, chiquillo de miéchica? ¿Pretendes embromarme el paseo? -¡Natri! – determinó enérgica.

-¡Ay! ¡Ay! – se lamentaba lánguidamente Carlos, a cada segundo más débil.- ¡Qué pésimo me siento!

Doña Eufemia, contrariada, obligó a su hijo a beber hasta la última gota de natri. Le prendió una vela a la Virgen de Lourdes para que nada perturbara el día de esparcimiento, y se abandonó eufórica a los preparativos del pic-nic.

De pronto, doña Eufemia advirtió la desaparición de la piña. Decidida alcanzó la cama del enfermo. Tan de prisa le bajó los pantalones que el desgraciado no logró arrancar. Al mismo tiempo que lo zurraba, lo reñía:

-¡Aquí tienes escarlatina! ¡Una aleccionadora escarlatina! – chillaba.

La chicoca se interpuso.

-Anda corta de inteligencia Eufemita. El niño la libró de la urticaria. ¿Ha pensado en lo horrorosa que se vería usted overa en Cartagena?

La madre interrumpió los golpes, y Carlos se escabulló.

\*\*\*

Aquel sábado regresó Amanda del trabajo con una compañera. La invito porque tenía fonógrafo y ...”Sonia me presentará un muchacho buenmozo y seductor. Recorreremos la costa en auto, y me regalará una rosa lacre”. Mas Sonia no conocía ningún hombre buenmozo, y muchísimo menos uno dueño de automóvil. A duras penas resultaba amiga del chofer del microbús y del repartidor en bicicleta del almacén.

-Sonia, mamá

-Mucho gusto –balbuceó doña Eufemia, saludándola.- ¿compraron traje de baño?

-Este de cretona, bien decente – mostró Amanda.

-¡Póntelo!

Entre risas y empujones procedieron a cambiarse de ropas. Volvieron emperifolladas, alegres, resplandecientes.

Amanda tenía las caderas anchas y el pecho vigoroso, de manera que doña Eufemia dispuso la protección del corpiño. En cambio Sonia, pese a las miradas condenatorias de doña Eufemia remitidas a su corpulento busto, resolvió no impresionarse por ellas, y exhibía sus encantadoras redondeces.

-Se ven saludablemente ridículas – opinó la chicoca.- Más saludables que ridículas.

A Miguel lo cautivó Sonia. “Es un merengue”, - se dijo. Carlos, extrañado, desconocía a su hermana. “Y figurarse que compartimos la misma cama, y en la vida le noté semejante largo de piernas”.

Entró el río acompañado por su compadre que al contemplar a las muchachas se encalabrino.

-¡Princesas, qué ricas se ven!! ¿Cómo te caen el par de pimpollos? – dijo codeando a su bigotudo compadre, y pellizcándole las mejillas a las jóvenes.

-Las muchachas, lanzando grititos, se escondieron en la pieza contigua, satisfechísimas del efecto obtenido.

-El tío con su compadre se sentaron en la mesa, y comenzaron a catar el vino de las damajuanas.

-Caramba que es excelente el chacolí. ¡Salud compadre! Por las princesas, ¿ah? Por la trigueña amiga de la Amandita.

-Por la Amandita.

-Por doña Eufemia.

-Por la tía...por ti...

-Por...Por...Por...

Prosiguieron los brindis.

Las mujeres terminaban los preparativos en la cocina.

-¿Y usted, tía, ¿qué se pondrá? –interrogó Amanda a la chicoca.

-Yo llevaré el chaleco de lana y el paraguas.

-¡Pero tía! ¿está loca? Vista de verano. Se reirán de nosotras. ¿Qué ocurrencia?

Convénzala mamá que no lleve el paraguas. Fuera sombrilla, siquiera. Nos crearán unas huasas que jamás hemos pisado la playa.

-Y jamás la han pisado.

-¿Cómo que no? Yo la conocí de chica.

-Harto niña para acordarte. Tranquilízate. Nadie nos mirará.

-¿Cómo que nadie? –exclamó estupefacta Amanda. “Intolerable pasar inadvertida. Me urge inventar algo. ¿Qué?” En ese momento entró Carlos con Miguel jugando a la pelota. “Tal vez sí...”

\*\*\*

¡Qué mal durmieron esa noche!

El compadre y el tío, emborrachados, cantaron cuanto quisieron. Inquietas o exhaustas por la ansiedad, las muchachas se agitaban en el lecho, desveladas. Carlos, acostado en el sofá de mimbre, espío a los borrachos hasta aburrirse.

A las cinco de la madrugada doña Eufemia los despertó.

Un rato después: en una retorcida fila, mezclados a individuos risueños, de antemano resignados a soportar la interminable espera, apiñados junto a los canastos y bolsas, aguantaban con supino humor el día ardiente, aplomado. La mañana despuntaba solapadamente fresca. Transcurrieron majaderas horas. De pronto, cual Mesías, el boletero. Los Pacheco se enderezaron, atentos.

-¡Bendiga! El tío sacará los boletos – murmuró doña Eufemia acercándose a la boletería, dispuesta a ocupar un hueco en el autobús.

-Se agotaron los pasajes – informó el tío.

-Pero le sobra espacio – se quejó doña Eufemia.

-Fueron vendidos ayer – replicó el boletero.- Si desea, viaje en el siguiente bus. Sale a las nueve.

Alegaban. El boletero: incorruptible.

-¡Ya! , corte la discusión – aconsejó el compadre:- vámonos en tren.

Partieron a la carrera. Miguel con Carlos adelante. Se volvían a cada trecho.

-Apúrese que lo perdemos.

Escortada por el tío y el compadre trotaba, aturdida, doña Eufemia. Se le caían las provisiones que recogía Amanda a Sonia. Detrás de ellos los rezagados del autobús, y última altiva, la chicoca caminaba.

En la estación tomaron los boletos e invadieron el anduve.

El grupo engordaba. Fascinado el tío dirigía.

-Debemos aguardar que coloquen el tren en la vía cuatro- dijo con voz de general.

Se escucharon comentarios adversos:

-“¿Cómo va a ser que todavía no esté?”

-“Pero si él lo dice.

- “Si sabe lo mismo que nosotros.

-“!Nunca! Parece viajero consuetudinario. Catéale el sombrero”.

Al canotier se le había descocido el fiador, y el tío, muy hábil para arreglarlo, prendió el cordón de su ojal.

-¡Quien dijo que tengamos que aceptar este plantón! ¡Si el tren para Cartagena es aquel- gritó un vivo, apuntando varios carros detenidos en la tercera vía que ostentaban un letrero: Cartagena.

De inmediato la gente juntó sus bultos, y atropelladamente abordaron los vagones indicados. Las puertas: cerradas. Descubrieron una ventanilla floja. Por ello hicieron trepar a

un chiquillo. Pese a los forcejeos que se producían por ambos lados, tampoco se consiguió abrirla. Un mocetón se introdujo. Empezó a alzar las ventanillas.

Contagiado por el apresuramiento, se precipitaron todos al asalto de ella, trepando como podía, ayudados por los de abajo, pasándose los paquetes, empujando los trastes.

A doña Eufemia le costó tenaz esfuerzo alcanzar el marco de la ventana. Quedó atascadita, colgando, la compostura olvidada, y su regia chupalla en medio de las ruedas del vagón.

-¡Por Dios! ¡Jesús, María y José! – murmuraba. En el andén, la chicoca, flemática, paseábase.

-Encarámese tía, yo la tironéo- la agujoneaba Amanda.

-Las pinzas que me subo –contestaba.

Sonó una sirena de locomotora. Un inspector llegó.

-¿qué sucede? –clamaba, intercalando pitazo y pitazo- ¡A bajarse!-El inspector subió, con una llave abrió la puerta y obligó a descender a los viajeros-. El tren a Cartagena se encuentra en la vía 4. Acomódense allá.

Le oyó el tío, y se sintió orgullósísimo.

.No decía yo..., no decía yo..., -repetía, aunque en la confusión persona alguna le oyera.

Por fin, el tren marcha, camino a la costa, a las ilusiones, al fresco, huyendo de la temperatura, enervante de cordillera.

A medida que el tren avanzaba hacia el oeste, el cielo se iba destiñendo. Ausente el sol, la niebla insistía. Una garúa fina, mojadora, se burlaba de los veraneantes. Sin embargo la playa se hallaba repleta. Campamentos. Tiendas de excursionistas. Círculos de bicicletas.

Sobre la húmeda arena yacían los bañistas. Algunos tiritaban; otros, quemados los hombros; la cara despellejada, se sumaban a los animosos, yertos de frío que se zambullían en el mar. El taimado tiempo resultaba una bicoca ante el anhelo amasado semanas y semanas. La generalidad bebía vino para envanecer la sangre, se desnudaba tras biombos de toallas; improvisaba carpas con palos y chalones.

Arriba del mirador, un altoparlante transmitía un mambo.

Cargada de bultos, la familia Pacheco buscaba espacio.

-Aquí –indicó doña Eufemia, dejándose caer de rodillas en un sitio donde un niño saltaba ala cuerda con un cochayuyo.

Casi encima de ellos, una niñita vestida de primera comunión, jugaba fútbol con unos adolescentes.

Tío y compadre, en camisa, con el sombrero puesto, partieron entre la multitud, provistos de las damajuanas, al hallazgo de compinches. No tardaron en encontrar el secante que absorbió con ellos tres cuartas partes de botellón.

La arena, a mediodía, estaba completamente mojada.

Amanda le tiraba la pelota a su amiga, golpeándola con las rodillas, con la cabeza, y las más, con los pies, de espaldas en el aire. Ambas apetitosas, sensuales, incitadoras. Los hombres, golosos, la codiciaban.

Apenas llegada, Amanda descubrió un par de ojos atractivos, y resolvió no darle la cara ya que cada movimiento lo realizaría con el objeto de atraerlo. Reía ostentosa. Se revolcó derramándose voluptuosamente arena por los brazos y las piernas.

El joven, moreno, de cabellera revuelta, la observaba.

Quiso la causalidad, o lo quiso Amanda que la pelota rebotara en él. En el acto, el joven la aprisionó en sus manos, y aguardó.

Arrebolada, se aproximó Amanda al joven. “El instante supremo. Su boca en mi boca. Me adora. Es éste o ninguno”. El se incorporó. “Escasa estatura, pero que imán”.

-Aquí la tiene, ricura – susurró él al entregársela.

Confundida la recibió Amanda.

Reanudaron el deporte las muchachas con menos aspavientos.

El moreno: en vigilancia incesante.

-Lo flechaste –cuchicheó Sonia. - ¿qué te decía? Cuéntame.

-Un piropo. ¿Metámonos al agua?

-Antes debemos tostarnos. Toma aceite de coco. Bronceémonos.

Activa, la niebla galopaba.

La tía chicoca, arropada en su chaleco de lana, protegida por el paraguas, jugaba brisca con una desconocida.

-¡Qué estúpidas! –exclamó al verlas, embadurnadas de aceite, tendidas bajo la garúa pertinaz.

Mas allá, bastante más allá de ese maremagnum de diarios, extremidades, cacerolas, corontas, perros rastreando, los niños, en éxtasis, contemplaban el reventar de las olas.

-Pestaña – Dijo Miguel-. Parece que nos fuera a tragar.

-;Mírala, estrellándose –parloteaba Carlos, señalando una gaviota.

Miguel, mudo, estático, con las pupilas dilatadas de ansiedad, sintiendo mayor poesía que la que él podía soportar o contener, comprimió los párpados. Bullir de océano, rumor de olas, batir de algas, huiros azotando rocas, torbellinos de espuma. Destapó sus ojos: desahogados. Detrás de las nubes se precipitaba el esplendor. Las gaviotas gemían en su vuelo. Una verbena, trémula al contacto de la brisa. Reprimió el aliento. Lo acometía el perpetuo palpar de la marea. Se desgarró la bruma y, alto, el sol brilló.

-Mira, Miguel –balbuceaba-, mira como la jaiba arrastra una concha.

Apenas se despejó el cielo, la chicoca que continuaba en la brisca, lanzó los naipes lejos.

-Por educación y aburrimento me he callado-le explicó a la contrincante-, pero usted es una tramposa, y yo a lo mejor la denuncio.

La desconocida se asustó:

-Claro. Eso me pasa por meterme con viejas.

-Verás lo vieja que estoy – le previno la chicoca, encaminándose hacia unos sacos de baño, pendientes de un cordel.

-Arriéndeme uno para chiquilina – le pidió a la mujer que atendía el negocio.

-¿De qué edad?

-Para mí.

Alborozada por la dulzura que invadía su piel, la chicoca brincaba cual atleta, exhibiendo su destreza, frente a la tramposa. Se daba vueltas de carnero, practicaba la bicicleta, rodaba. La chicoca con sus talones acarició la calva de un señor que dormía, se friccionó con agua salada, y se vistió.

La tramposa, irónica, pero admirada, le gritó, al marcharse:

-Mejor contrátese en un circo.

\*\*\*

Doña Eufemia administraba estratégicamente la fotografía.

-Así, compadre, ponga la diestra en el hombro de Amandita. Levante el mentón. La expresión más arrogante, tuérase la gorra. Yo me coloco a su lado. La tía a popa. Sonia junto a mi hermano. Faltan los niños. Quizás, ¿dónde se encuentran estos dientes?

Parada en el bote de tocuyo, la familia se mantenía seria, preocupada. El tío al timón, posesionado de su papel de capitán, ensayaba un gesto ante la tormenta.

-Enderece el cuerpo- exigía el fotógrafo.

-Saque pecho – le mandó un intruso.

El moreno, sin despegar los ojos de Amanda, susurraba palabras llenas de pasión. Ella, educada, se abochornaba.

El fotógrafo tomó la placa.

Transmitía un vals el altoparlante. Los bañistas se zambullían al compás de la música. Mujeres, en enaguas y sostén, pródigas den agudos chillidos; niños embutidos en sacos inmensos; hombre de pantalón arremangado, se refugiaban en la orilla, agarrados del cable.

Las muchachas, corrieron al agua. Asidas de un riel, enterrado en la arena, empaparon las asentaderas.

-¡Cuidado! No sean tan arriesgadas, chiquillas – les advirtió uno.

El moreno se acercó sonriente, perturbador.

-Vengan conmigo.- Les extendió las manos, que ellas, apuradas, cogieron.

-¿Cómo se llama? -inquirió Amanda.

-Adivine.

-Pedro. Si es exacto a Armendáriz – balbuceó Amanda.

Tímidamente se internaron en el mar. Bella, regocijadas, exuberantes.

-¡Me tiene loco! ¡Enamorado! – susurró Pedro al oído de Amanda.

La traviesa se contoneó de contento.

De súbito, la muchedumbre en tropel; un ahogado.

Los carabineros, a caballo, esquivaban la resaca con las animales hundidos hasta la barriga. Se aproximaron. Al accidentado, que surgía y desaparecía. En un esfuerzo descomunal, éste logró atrapar la cola de uno de los caballos, se aferró a ella, y así fue remolcado a la ribera. Los espectadores se estaban nerviosos. Un bañista lo echó de brices y principió a hacerle respiración artificial. Las gitanas husmeaban zorzales.

.Léase la buenaventura, señorita. Yo te predeciré tu porvenir.

Consintió Amanda, subyugada. La gitana desenrolló su letanía: Un morocho te seducirá. ¿Entiendes? Te casarás con él. Cuídate de una rival envidiosa de tí, ¿entiendes? Triunfarás. Seguro. Te ama ardorosamente. Son quinientos pesos.

Volcánicas miradas le enviaba Amanda a Pedro Armendariz y hostiles a Sonia. “Sin duda las gitanas adivinan el futuro...”

Por el altoparlante avisó una voz:

-Comunicamos a las personas que están en el mar, que en cinco minutos más suspenderemos la zona de baño.

Una pareja de carabineros a caballo, custodiaba la playa, lista para ejecutar la orden.

Arreciaba el hambre. Los Pacheco se reunieron.

Amanda presentó a Pedro Armendáriz como amigo de Sonia.

Doña Eufemia, que por centésima vez había arreglado la vajilla, comprobó que se hallaba invadida de arena.

Pedro introdujo al grupo un amigo suyo.  
El compadre tocaba guitarra. La chicoca cantaba:

Vienes haciéndote el leso  
Y haciéndote el chiquitito  
Ya varias veces te he dicho:  
Aguádate palomito.  
Aguádate palomito  
Que andas buscando consorte  
Te agarro y te pego azotes  
Y no te dejo de pegar  
Hasta que el hilo se corte.

-Abandone el canto y ayúdeme –le pidió, urgida doña Eufemia. –Un cuchillo, por servicio.

La chicoca pesquisó a su alrededor, y descubrió a un concripto que comía con uno, y que lo apoyaba en el plato mientras partía pan. Escamoteó el cuchillo ajeno, cortó un muslo y dejó el cuchillo en el plato del concripto. El concripto recogió su cuchillo, lo repletó de cebollas, se lo llevó a la boca y lo depositó en el mantel. Sorbió un trago de vino. La chicoca capturó el cuchillo, trinchó el pollo. El concripto la advirtió. Ella, sonriente siguió trozando, luego devolvióselo.

Sonia hacía funcionar el fonógrafo. Se escuchó un tango. Al unísono transmitían otro por la radio.

Diligente y simpático, el moreno servía los platos que le pasaba doña Eufemia y bebía gustoso el chacolí que le ofreciera el tío.-

Amanda suspiraba satisfecha.

La única que se escapaba de esta seducción era la chicoca. Hacíale respingos y musarañas. Tampoco le dirigía la palabra.

Vestido de almirante, cruzó un rapaz, lloriqueando. El compadre y el tío emprendieron una lucha romana. Estaban congestionados de comida, alcohol y amor propio.

Pronto conquistaron aliados.

-¡No se deje ganar! –animaba al tío un ciclista.

¡Sácale jugo al gordo! –le gritaban al compadre.

-Y tú ¡dále guaraca!

Semejaba una pelea de gallos, con sus bandos divididos. Bufaban entrecortadamente, listos para el ataque. La lucha terminó cuando el tío, vencido por el sueño, se tumbó de espaldas y cayó en succulento ronquido.

Los niños corrieron al borde al agua.

-¡Te apuesto que te pilla la ola!

-¡Te apuesto a que no!

-Probemos.

-Huichichiu, te pilló.

-Te chingaste, ¿cuál es?

Arrojaban arena a las olas, y huían.

El sol hundíase en llamaradas en el mar.

Las gentes empezaron a reunir u indumentaria y a dar gritos.



-Falta una sola dama que se vista.

Un chiflido y...

-¡Leoncita, arréglese!

-¡Cállate, hilacha de huaipe!

-Maestro González, éstas cuestiones no me pertenecen. Me faltan mis zapatos amarillos.

-Asosíégate, chiquilla, que te estoy peinando.

-¡Eh, gancho! A ti te entregué mis pantalones, ¿dónde me los descuidaste?

-Se perdió mi hijito. Me robaron la guagua.

-¿Quién le va a robar la guagua, señora? Fuera de oro, todavía.

-¡Ay! Por fin de me topé con mi tocayo: ¡Petronila!

Y el altoparlante...

-¡Atención! Leeremos la lista de las personas y prendas encontradas...

Y doña Eufemia:

-¡Carlos, Miguel, arreglen al tío!

Se afanaron los niños en la tarea. Miguel le sostenía una pierna en el aire para que Carlos le deslizara el calcetín. El tío manoteaba. La chicoca le volcó un jarro de agua.

¡Despierta! Ya es hora.

El hombrunazo, obediente, se incorporó. Los niños, le secaron, lo peinaron, le anudaron la corbata y encajársle la chaqueta. Pedro Armendáriz, solícito, se adelantó a ayudarles a pararlo. Velozmente lo tanteó. Al comprender la maniobra, la chicoca se abalanzó golpeándolo enfurecida.

-Lejos de aquí el hurguete. Se quita el mañoso .prorrumpió-. Nosotros lo enderezaremos.

Se apartó Pedro Armendáriz, y el tío fue levantado.

Las muchachas resolvieron vestirse encima del traje de baño húmedo.

-Y para concluir – manifestaba la voz en el altoparlante-, tocaremos una cueca.

Vibraban los arpegios del arpa, acompañó la guitarra. Los bailarines se paseaban. Una voz melodiosa cantó:

Por detrás de las farolas, comadre Lola,  
Viene un barquito a la vela, comadre Adela.  
Si será la Chacabuco, compadre Antuco,  
Que va por mares afuera, comadre Carmela.  
Por detrás de las farolas, comadre Lola.

Por doquier, jolgorio, agitar pañuelos, palmoteo, canto y gracia.

Al finalizar la cueca, la Municipalidad de Cartagena agradeció desde el altoparlante.

Hubo gargantas anudadas, suspiros patéticos, alegrías secretas.

Pedro le apretaba los dedos a Amanda.

-Despídanse del mar –les recomendó la chicoca a los niños.

Miguel, en la orilla, cogió agua y la bebió. Carlos estiró los brazos, y se confesó cuánto sus olas guatonas lo atraían y lo amedrentaban.

Comenzaba el éxodo.

En la playa quedó el desperdicio del festín. Nadie miraba hacia la arena; las pupilas se apoyaban en la lejanía, en ese océano púrpura donde agonizaba el sol.

-¿Se detendrán un rato en la rambla? –preguntó Pedro Armendariz a doña Eufemia al momento de llegar a la feria.

Vaciló doña Eufemia. Pensaba que arrojar bolas a los monos de cartón para voltearlos, o argollas a la botellas o apuntar el blanco era como una amenaza a la honestidad. Harto se habían divertido para ensuciar el día con embelecocos que a ella le producían inquietud. Ella, chapada a la antigua, desconfiaba.

-¡Qué ocurrencia! Endilgamos para la estación –decidió autoritaria.

-¿Cómo? ¿Vuelven en tren? Tan primitivo. ¡Véngase con nosotros en el bus! Insinuó Pedro.

Al oírlo, la chicoca murmuró:

-¡Este sí que lleva prisa! ¡Alíñate, niña, que de este punga no te escapas!

-¿Usted cree que me hija perdió la virginidad? –le preguntó doña Eufemia a la chicoca.

-Poco le queda.

-¡Cómo!

-Poco tiempo le queda.

-Con esa cara de mojigata...

-¡Las mojigatas son siempre las más diablitas!

-¡Por Dios, tía, que se enteran!

Sin embargo, la chicoca se proporcionó el placer de repetirlo.

Entretanto, Amanda, aguijoneada por Sonia, que ansiaba vivir los coqueteos que la suerte le vedó, reclamaba inútilmente.

Inflexible doña Eufemia proseguía su camino.

.Fíjate que regresan en tren –le dijo Pedro Armendariz a su camarada.

-Pero nosotros, no –repuso aquel.

-Convéncelas que se vengán en micro.

-¿Nosotras? Imposible pedir permiso.

-Yo no viajo con ustedes. Tú sabes demás...-se negó el camarada.

-¿Qué es lo que sabe? –investigó Amanda.

-Que... que se marea –tartamudeó Pedro.

-Tú también te mareas.

-¿Cómo nos va a perseguir la mala estrella? Calcula el gentío –alentó, porfiado, Pedro.

-¡El palpito!

-¡No seas chuncho!

-Bueno... -accedió el camarada echando víboras por los ojos...-Conste que te previne.

En la estación, Pedro Armendariz compró dos diarios, y le entregó uno a su camarada. Cuando el inspector paraba por su lado se escondían entre sus hojas.

-Increíble, increíble –murmuraba doña Eufemia al descubrir los vagones repletos, a pesar de lo temprana la hora.

Hombres en camisa, con pañuelos en la cabeza anudados en los cuatro extremos, o bien tapada la cara con ellos; pensionistas de enrojados rostros, que el tiempo frustrador de la costa arrojaba sin piedad en la hoguera de la capital; criaturas de estridente llanto, convulsionaban el vagón.

En el último carro encontraron sitio. La chicoca con su marido, el compadre y doña Eufemia, se instalaron frente a frente. En los asientos laterales, las muchachas y sus acompañantes. Los niños se entretenían. Carlos oprimía el botón de la llave de agua. Miguel

ponía el dedo en el chorro para rociar a cuanto cristiano pasaba. Doña Eufemia, le suministró coscachos y tirones de orejas, en vano, pues ellos continuaron agitando gaseosas para mojar con mayor presión a los pasajeros. Escasamente permanecieron tranquilos el momento en que aplastaron sus narices contra el vidrio. Después inventaron frotar una peineta por las maderas les producía diversión, y se entregaron a ello con la vitalidad de sus diez años. Empujaban los codos para que nada los estorbara ni impidiese el efecto sonoro.

Doña Eufemia, a hurtadillas, atisbaba a su hija, complacida por la amistad que ésta iniciara.

-Se be despejado el joven. Por Dios que derrocha prosa. Compadre... una atención, ¿qué le cuesta?

-De ninguna manera –intruseó la chicoca-, usted carece de estrategia. ¿se enteró usted si ese pinguilla es un granuja?

-Hágame caso, compadre. Convídele pitillos, ¿quiere? –insistió doña Eufemia.

Comedido, el compadre se revisó los bolsillos, hipando satisfecho, pero al estirar la cajetilla, la chicoca se la arrebató.

-Así jamás obtendrá yerno.

-Yo conozco la táctica del corazón. Bastante dicha le proporcioné a mi esposo –alegó doña Eufemia.

.Dudo que él lo considerara así, ya que se buscó otra consorte.

Un accidente a cualquiera puede ocurrirle. Mi madre, lo odiaba. Ya volverá. Si s los hombres hay que tratarlos con dulzura. A mi me Coloma el gusto el negro de la Amandita.

-No granee tanto su cariño, doña Eufemia –aconsejó, socarrón el compadre.

El tío empezó a bostezar, y al hacerlo, la chicoca extendía su mano y le tapaba la boca.

-¡Vieja! –exclamó el tío, exhalando su tufo de vino-.Déme comidita.

La chicoca se paró arriba del asiento para alcanzar el canasto. Viéndola, Pedro Armendáriz se atropelló par auxiliarla.

-Perro allegado no come carne –dijo ella retirando la canasta.

Apabullado, el moreno se alejó.

-¡Tiene malas pulgas la abuela!

-Se equivoca, señor –protestó la aludida-; olfato-, Y señalaba su crecida nariz. En seguida, destapó la canasta y comenzó a repartir las provisiones que la abarrotaban.

Una repartición semejante crea contactos y no se detiene. En el acto, la agasajaron con alfeñiques, sandías, licores.

Un vendedor gritaba:

-¡Malta, bilz y papaya!

Delicadamente, una festejada por la chicoca, que iba de pie cerca de ella, le ofreció

-Sírvase una bebida de fantasía, por favor.

La chicoca aceptó una papaya, y de inmediato se deslizó junto al barrigón de su marido, y compartió el espacio con la festejada.

A la altura de Melipilla el camarada de Pedro Armendáriz empezó a ponerse nervioso.

-Oye –dijo-. Trasladémosnos al otro carro donde me guardan mis cosas.

-¿Qué cosas? Si no traía paquete –comentó Sonia.

-Paquete no: baúl. Mi equipaje de quince días. En Cartagena me lo embarcaron.

Sonia enmudeció. “Con que él resulta ser más importante de lo que ella se imaginaba.

-Oye –porfió: estamos en Melipilla. Ven conmigo.

-¿Para qué se lo lleva? –reclamaba Amanda- ¿qué necesita niñera?

-Escucha lo que te contestan.

El camarada, notoriamente ansioso, acechaba a los que entraban. En cuanto divisó el temido inspector en el anduve pronto a subirse al carro, le hizo un gesto a Pedro Armendáriz. Amanda captó el imperceptible gesto, y miró: los niños en el andén.

-¡Mamá! –llamó-. ¡Carlos y Miguel están en la estación, el tren va a partir, se van a perder!

Doña Eufemia asomada por la ventanilla:

-¡Súbanse! Niños. ¿Qué hacen ahí?

Pero Armendariz y su camarada se incorporaron como picados de pulga.

-¡AY, qué bueno. Tráiganlos, por favor. ¡Qué amor de hombre! –exclamaba Amanda, conmovida-, Me casaría al momento. ¡Qué suerte la mía!

Los muchachotes, ágiles se escabullían entre los pasajeros que ocupaban el pasillo. Cuando tocaban la puerta opuesta, se oyó un grito.

-¡Atájenlos,, son ladrones!

Un audaz intentó atrapar a Pedro, pero éste, diestro en el golpe, se deshizo de él, y saltó al suelo. Empezaron la fuga.

Nadie los persiguió.

-¿Quiénes eran? –preguntaron.

-Un pare de cartereros que me hacen la vida imposible –replicó el inspector, cansado.

Un hombre, pusilánime, cuello corto, pie plano, azorado, gritó:

-¡Me han robado la cartera!

-¿Quién te va a robar nada a tí? ¡Yo te la saqué –respondió una mujer fornida, de aquellas capaces de sacudir el sol.

Varias personas buscaron la suya. Todas la poseían.

Desconsolada, Amanda lloraba en los brazos de Sonia. Doña Eufemia se echaba aire con el pañuelo. La chicoca narigona reía con una carcajada suelta como si tuviera el monopolio de la alegría. De pronto recordó el movimiento de unas manos. Bruscamente interrumpió su risa, le trajo los bolsillos a su marido: vacía.

El barullo reinaba en el vagón.

Solos, en la plataforma, los niños hacían pipi.

\*\*\*